

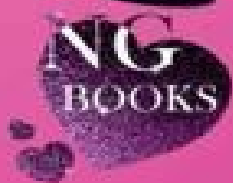


¿CUPIDO?

YO PREFIERO

A LUCIFER

Noni García



**¿Cupido?
Yo prefiero
a Lucifer**

© Todos los derechos reservados

Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales) hechos o situaciones son pura coincidencia.

Título: *¿Cupido? Yo prefiero a Lucifer*

Serie: *Fechas para amar*

Copyright © 2024 – *Noni García*

Diseño de portada y contraportada: *NG Books SCE*

Corrección: *NG Books SCE*

*Dicen que la amistad es
un largo camino, y el nuestro
fue de 2140 kilómetros.
Sin vosotras, ese viaje nunca
hubiera sido el mismo.*

Cualquier día de estos me da un infarto. En serio, no entiendo por qué el ser humano es así. Se lo he dado todo. Amor, cariño, caprichos y mucho sexo del bueno. Pero el señor no tenía suficiente, y ha tenido que tirarse a la secretaria de su padre.

Ufff... De verdad. Pero ¿os podéis creer que me vino diciendo que había sido un error y que nunca más pasaría? Os prometo que estuve a punto de creerle, si no fuera porque en ese momento apareció la susodicha y soltó que descubrirlos es lo mejor que podría haber pasado, que así podrían verse cada vez que quisieran, no que llevaban cinco meses acostándose a escondidas.

Cinco meses, ¡cinco putos meses! ¡¡¡Y llevábamos juntos seis!!!

En fin, que aquí estoy sentada en la acera del edificio donde tenemos el estudio de arquitectura mi hermano y yo, sin atreverme a entrar, porque a él nunca le gustó David y yo no me siento con fuerzas para escuchar una reprimenda por su parte, porque mira que me ha dicho veces que no le gustaba para mí y que ocultaba algo.

Y tanto que lo ocultaba...

Es que no lo entiendo, de verdad, porque si quería estar con esa chica, ¿por qué estaba conmigo? A menos que...

—Hijo de putaaa —grito a pleno pulmón, provocando que los pocos transeúntes que pasan por aquí a mediados de diciembre a las cuatro de la tarde se asusten y me miren desconcertados.

Y pensarás que ese grito es porque odio a David, que también, pero no, no ha sido por eso, sino porque empiezo a sospechar el motivo de su acercamiento. La empresa de su padre es una constructora mediana, estoy segura que solo buscaba que nuestro estudio contara con ellos para grandes obras.

Pues se le ha acabado el rollo, porque no soy la niña tonta que aparento, y aunque vuelva arrastrándose y pidiendo perdón, no pienso ni mirarlo a la cara.

—Cabrón egoísta desalmado interesado... —vuelvo a gritar, consiguiendo el mismo efecto

que la vez anterior, solo que ahora lloro como una magdalena por no haber sido capaz de ver antes sus intenciones, por sentirme utilizada y engañada.

—Señorita Isabel, ¿se encuentra bien? —me preguntan, y cuando alzo la vista, me encuentro con la afable mirada de Rafael, el chófer de la empresa desde que tengo uso de razón.

—No, Rafael, soy una estúpida —respondo llorando más que antes.

—No diga eso. Anda, levántese, hace frío y el suelo está húmedo. Puede enfermar, y no querrá perderse su Navidad en casa de su abuela, ¿verdad? Venga, que está temblando, la invito a un café caliente en esa cafetería para que entre en calor.

Rafael me tiende la mano y su sonrisa con algunas arrugas ya consigue que la tome para alzarme. Tiene razón, con el cabreo no me he dado cuenta de que estaba tiritando.

Una vez estamos de pie, se quita su abrigo y me lo pone por encima de los hombros. Caballeros como él ya quedan pocos, ni tan buenas personas. Aquí donde lo veis, fue uno de nuestros mayores apoyos cuando mis padres y mi hermano Samuel fallecieron hace cinco años en aquel accidente de tráfico. Tanto él como su familia estuvieron a nuestro lado y se hicieron cargo de todo lo relacionado con los entierros, ya que Lucciano y yo estábamos ingresados en el hospital. Esa familia y mi abuela, que acababa de perder a su hija, fueron los que nos impulsaron a salir del pozo en el que caímos, de cuidarnos mientras estuvimos convalecientes.

Tomo el café entre mis manos heladas y el contraste con el calor me hace estremecer. Doy un sorbo y es un bálsamo para mi pena.

—¿Se encuentra más tranquila, señorita Isabel?

Los cinco pitidos que suenan en la radio que tienen sintonizada en el local hace que lo mire y sonría. Este hombre siempre ha sabido cuándo era el empleado y cuándo el amigo, por eso me trata de usted, pero su jornada laboral acaba de terminar.

—Ya soy Isabel.

—Cierto, Pequeña Polilla.

Su forma de llamarme me arranca una carcajada. Mi madre siempre decía que yo era su pequeña mariposa, pero era bastante diablilla cuando chica y siempre andaba haciendo trastadas,

así que mi padre decía que más que mariposa era una polilla, porque arrasaba con todo a mi paso, igual que las larvas de dicho insecto con la comida.

Mientras tomamos el café, le pregunto por María, su mujer, y por sus siete hijos. Sí, siete, has leído bien, Rafael no ha perdido el tiempo en la vida. El mayor tiene un par de años más que yo y el más pequeño está en la universidad. Todos son geniales, excepto uno, el que queda en medio de todos, que no he conocido en la vida hombre más insoportable, vividor y mujeriego... Tendrá nombre de arcángel, pero bien podría llamarse Lucifer, y no solo por todo lo que acabo de decir de él, sino porque doy fe de que sus besos pueden hacerte arder en el infierno.

Me acerco a mi madre, la abrazo por la espalda y beso su mejilla. Intenta zafarse, todavía está un poco molesta conmigo porque no voy a pasar las fiestas con ellos, pero necesito desconectar de Madrid, de mis estudios y no tener que encontrarme con la última de mis conquistas, que se ha obsesionado conmigo cuando, desde el primer momento, le dejé claro que entre nosotros no habría nada más allá de cuatro revolcones.

—Suéltame, Miguel, que estoy cocinando...

—No puedo, mami, te quiero demasiado.

—Pues para quererme tanto, bien que vas a pasar las Navidades de fiesta con tus compañeros.

—¿No me lo vas a perdonar en la vida? Mira que eres rencorosa.

Me separo algo molesto de ella, aunque sé que no debo estarlo. La entiendo, le encanta tenernos a todos alrededor de la mesa, y no sabe el estrés de mi vida diaria, porque yo me he encargado de ocultar mi trabajo al mundo. A ver, no os asustéis, que no me dedico a hacer negocios oscuros ni nada por el estilo, es solo que... Bueno, digamos que mi padre siempre nos ha mantenido con lo que ha ganado con el sudor de su frente, y no quiere aceptar dinero, y me parece muy doloroso que, pudiendo ayudarlos porque tengo más ceros en el banco casi que su jefe, no pueda hacerlo por su orgullo.

Así que, para ellos, mi hermano Antonio está estudiando gracias a una beca que le ha concedido una organización sin ánimo de lucro, en la que también trabajan mis hermanas como trabajadoras sociales.

Sí, esa fundación es mía, hasta ese punto llegan los ceros de mi cuenta. Es lo que tiene haber sabido invertir en bolsa siendo muy joven y adentrarme en el universo de las cryptomonedas.

Para el mundo, soy Miguel, el hijo de María y Rafael, el que trabaja de camarero en el bar de la universidad en la que estudia su tercera carrera y que a sus treinta y un años sigue viviendo con sus padres, a quienes da el dinero casi íntegro de su «sueldo» en concepto de alquiler y dietas,

cuando la realidad es muy diferente.

Cada mañana me levanto para ir al edificio donde tengo la sede de mi empresa, trabajo allí de siete de la mañana a dos de la tarde, hora a la que vuelvo a casa para comer y salir corriendo hacia la universidad.

Soy el más veterano de mi clase, pero la genética ha hecho que aparente mucha menos edad de la que en realidad tengo, lo que me hace pasar desapercibido.

Te preguntarás por qué sigo estudiando, y en eso influyen varios factores, como que es la excusa perfecta para seguir viviendo con mis padres y ayudándolos económicamente, o que una vez mi madre me dijo que el saber no ocupa lugar, y tiene razón. Así que como puedo permitírmelo, decidí en mi momento que estudiaría todo lo que me diera la real gana. Y en eso estoy, cursando el último año del grado de Geografía e Historia.

Escucho cómo se abre la puerta de casa. Por la hora que es, debe tratarse de mi padre, que vendrá de visitar a mi tía Carmen en la residencia de ancianos que, asombrosamente, también financia la fundación que beca a mi hermano Antonio.

—¡Ya estoy en casa! —grita desde la entrada—. Y hoy traigo invitada.

—¿Invitada? —cuestiona mi madre justo cuando nos miramos sin entender.

Salimos hacia el salón y casi me caigo de espaldas al ver de quién se trata. ¿Qué demonios hace aquí Isabel? Hace meses que no la veo, casi un año, y no pensaba volver a hacerlo hasta mañana.

—Isabel, mi niña, ¡qué alegría tenerte en casa!

Mi madre va hacia ella, la abraza y sucede algo que me deja completamente descolocado. Isabel rompe a llorar, y yo no puedo evitar que algo me apriete el pecho y un calor inunde mi cuerpo al recordar que la última vez que eso sucedió, probé sus labios hechos de pecado por primera y única vez.

Desde ese día no hemos vuelto a vernos más que de pasada porque haya ayudado a mi padre en algún servicio de la empresa que tienen ella y su hermano, y normalmente ha sido de lejos y unos segundos.

Confieso que al principio, tras aquella noche, me hice el encontradizo en muchas ocasiones, algo dentro de mí me empujaba a querer continuar aquel beso que tanto me había marcado, que sucediera lo que tenía que suceder y saciar mis ganas de ella, pero no pudo ser, desistí y luego empezó a salir con el estúpido de David.

—¿Qué sucede, preciosa? —le pregunta mi madre con cariño cuando deja de llorar—. Anda, quítate el abrigo, que está húmedo, ven al sofá y te tapas con la mantita.

—Ha dejado a David —responde mi padre por ella—. Lo ha pillado con la secretaria de su padre en una actitud poco decorosa.

Apenas he escuchado las últimas palabras de mi padre, porque una sensación de vértigo me ha inundado al darme cuenta de que mis ganas de besar sus labios han vuelto con más fuerzas que antes.

Maldita sea... Esta mujer con cara de ángel debe ser la reina del Infierno, la consorte de Lucifer, porque no es normal que me encienda de esta manera sin siquiera haber probado su fuego.

3

La noche no ha sido la mejor de mi vida, y no precisamente porque mi ex la haya inundado con recuerdos y dolor, sino por algo que pasó en el mismo sitio en el que me encuentro ahora mismo esperando a que me recoja mi hermano para emprender el viaje hasta Maracena, el pueblo donde vive mi abuela y donde cada año pasamos las Navidades.

¿Recordáis que en el primer capítulo os hablé del estúpido del hijo de Rafael?, ¿que os dije que era un déspota y que besa de maravilla? Pues os prometo que no sé cómo sucedió, bueno, sí, fue porque pensé que en mi piso había cosas de David, me invadió de nuevo el llanto, me dejé abrazar por Miguel, una cosa llevó a la otra y nuestras lenguas terminaron jugando.

Os prometo que no sé lo que me invadió, pero me vi arrastrándolo adentro. Menos mal que él puso algo de cordura al asunto y me frenó. Algo que me dejó a cuadros y sin saber si porque era una buena persona y sabía que era un error porque estoy despechada, o porque no le gusto una mierda y no quería pasar la noche conmigo. Que me decanto más por lo segundo, porque tengo entendido que no hace ascos a ninguna falda que se menee delante de sus narices. Y la verdad es que de ser así... Dios, no soy suficiente ni para el más mujeriego.

Vale, sé que es un pensamiento de mierda, pero entiendo que mi pareja me estaba poniendo los cuernos y mi autoestima nunca ha estado muy arriba. Es lo que tiene que siempre haya tenido unos kilitos de más y lleve toda la vida machacándome para cumplir los estereotipos de belleza que establece la sociedad.

Veo aparecer el coche y siento unas cosquillas en el estómago que casi me cortan la respiración. Y eso que sabía que sería él quien nos llevaría, mi hermano no iba a permitir que Rafael se diera esa paliza de viaje, y este le dijo que su hijo lo sustituiría, pero pensaba que sería Gabriel, el que es un poco mayor que Miguel, ya que acaba de ser padre, tiene muchos gastos y hace un par de semanas que se ha quedado en el paro.

El coche se para delante de mí y tanto Miguel como mi hermano se bajan. Lucciano, al que

todavía no he puesto al tanto de mi ruptura con David, me abraza durante varios segundos con mucha ternura. Hoy hace cinco años que perdimos a nuestros padres y nuestro hermano Samuel, y a punto estuvimos nosotros de perder la vida también en aquel accidente de tráfico camino de casa de mi abuela.

—Buenos días, señorita Isabel —me saluda Miguel—. ¿Desea meter algo más en el maletero?

—Buenos días, Miguel. No, gracias, el bolso se viene conmigo delante —le digo con una sonrisa al ver la que él me dedica.

—Pues venga, sube, que estoy deseando llegar y ver a la abuela —agrega mi hermano a la vez que me abre la puerta del coche.

Emprendemos un viaje que de antemano sé que va a ser duro. Tanto Lucciano como yo estamos perdidos en nuestros pensamientos, recordando tiempos en los que quien conducía era mi padre y el coche se llenaba de risas.

Vuelvo en mí cuando escucho un suspiro de mi hermano, y sé que debemos parar nuestros pensamientos o no disfrutaremos como debemos, como se merece mi abuela, para quien este día también es un infierno y nos necesita fuertes para soportar la pena.

Empezamos una conversación que se torna de lo más interesante cuando Lucciano me dice que tiene intención de mudarse a vivir al pueblo, y la verdad es que a mí tampoco me importaría hacerlo, algo que le hago saber y que desemboca en mi ex, como era de esperar. Por suerte, no me hostiga para saber el motivo de la ruptura, porque no me veo capaz de contarle nada sin echarme a llorar. También ayuda que ya estemos llegando a nuestro destino y nos embargue la ilusión de ver a la abuela.

Bajamos del coche a toda prisa para abrazarla. Dios, en momentos como este, me doy cuenta de cuánto la echo de menos en Madrid, y por eso me vendría a vivir aquí con los ojos cerrados.

Cuando terminamos de abrazarnos los tres, aparece doña Luisa, la vecina y mejor amiga de mi abuela, acompañada de una joven que juraría que conozco, seguro que me la habré encontrado alguna vez por el pueblo, y me sorprende que sepa hablar nuestro segundo idioma, al parecer, tiene familia italiana. Aunque lo que más desubicada me deja es la actitud de mi hermano hacia

ella, ya que él siempre es simpático, y ahora mismo parece que se hubiera comido un cactus. Luego le preguntaré qué le pasa.

Miguel baja nuestras maletas y me quedo de piedra al enterarme de que va a pasar las fiestas en Granada, aunque lo que me deja el corazón calentito es esa sonrisa canalla y tierna que me dedica cuando se despide.

La verdad, si no me hubiera rechazado anoche, juraría que esa sonrisa encierra una promesa más ardiente que el Infierno.

Suelto la maleta y me dejo caer en el sofá. Aunque no tardo en levantarme y poner en marcha el *jacuzzi* mientras me sirvo una copa de champán.

Adoro este hotel, sobre todo, por las vistas en esta época del año. Me encanta la nieve, y no tengo muchas oportunidades para disfrutar de ella como me gusta.

Pensarás que estoy loco por preferir pasar la Navidad solo en Sierra Nevada que en Madrid con mi familia. Y sí, yo también lo pienso, pero lo necesitaba. ¿Por qué? Pues porque la mentira de que soy un estudiante eterno y camarero que vive con sus padres por comodidad cada vez es menos sostenible, y necesito reflexionar al respecto y decidir cómo voy a contarlo a mi familia... Bueno, no a toda, porque es lo malo de tener trabajando para mí a parte de ella, y es que mis hermanas mellizas Lucía y María me han pillado.

Casi les dio un infarto cuando supieron que era yo quien pagaba sus nóminas, se enfadaron por mantener oculto el emporio que poseía, pero entendieron el motivo por el que lo hice, ya que mis padres jamás recibirían mi dinero si no era como contribución al hogar por vivir con ellos, y creedme que lo necesitan, no es fácil llevar adelante a una familia tan extensa como la mía.

Pensaréis que ya somos todos mayorcitos para buscarnos la vida, pero, por ejemplo, Antonio está estudiando la carrera de Física en la Carlos III, y Gabriel se ha quedado en paro, lo que me recuerda que tengo que buscarle un puesto de trabajo en alguna de mis empresas... Y mis hermanas estudiaron la carrera gracias a la fundación en la que ahora trabajan para mí.

Total, que lo comprendieron, pero también me hicieron ver que no tenía que esconderme, y que ya buscarían la forma de conseguir que reciban mi ayuda.

Y aquí estoy hecho un lío, porque no sé cómo se van a tomar que se lo haya ocultado durante tanto tiempo, que llevo ganando mucho dinero desde que cumplí los dieciocho y mágicamente comencé a trabajar en un concesionario de coches de lujo como «vendedor», cuando realmente era mío.

Me desvisto, me meto en el agua y suspiro ante el calor. Intento dejar la mente en blanco, pero el rostro de Isabel no para de visitarme, y si solo fuera eso, pues bueno, sería llevadero, pero siento sus labios y su lengua como si aún me estuviera besando desde anoche.

Todavía no me puedo creer que me resistiera cuando intentó que entrara en su edificio para subir a su piso y continuar lo que estaba pasando. Hace mucho tiempo que no rechazo una propuesta así, más aún cuando la llevo deseando tanto tiempo, desde aquella fiesta en la que nos encontramos y a punto estuvo de descubrirme. Si no llega a entrarme una llamada de mi secretaria cortando el momento, estoy seguro de que habríamos pasado la noche juntos.

—Isabel, Isabel, Isabel...

Mis pensamientos se ven interrumpidos por una llamada entrante. Sonrío al ver en la pantalla de quién se trata, mucho había tardado en buscarme.

—Don Daniel Rodríguez Benítez, ¿qué es de su vida?

—Déjate de chorradas, mamón. ¿Ya estás en Granada?

—Sí, llegué hace un rato al hotel. ¿Y tú?

—También, ya dejé las cosas en la habitación y tenía pensamiento de salir a esquiar un rato. ¿Te apuntas?

—No, hoy no, estoy cansado del viaje, pero nos vemos para comer.

—Vale, pero aquí, que si no, apenas voy a tener tiempo para esquiar. ¿Nos vemos a las dos y media?

—Perfecto.

—Por cierto, ya tenemos plan para el 24 por la noche. Dan una fiesta en un prestigioso hotel de Granada y he conseguido entradas y habitación para esa noche y para Fin de Año.

—Ufff... Mira que a mí las macrofiestas no me gustan, ya lo sabes.

—Nah. Ni te preocupes por eso, es bastante exclusiva.

—Está bien. Anda, vete a esquiar, que poco tiempo te queda hasta el almuerzo.

Terminamos la llamada y sonrío mirando el teléfono. Daniel es una de las mejores personas que he conocido en el mundo, y cada día doy gracias por tenerlo en mi vida. Os aseguro que es el

mejor socio que he podido encontrar en el mundo de los negocios. Él contaba con la experiencia que le dan los años, porque, ahí donde lo veis, cumplió cincuenta hace unos días, y yo con brillantes ideas. Formamos un tándem difícil de superar.

Me sumerjo en el agua del jacuzzi. Es increíble lo bien que me sienta este lugar. La verdad es que yo también me vendría a vivir a Granada con los ojos cerrados, igual que Lucciano.

Sería muy divertido tener a Isabel de vecina... O puede que no, porque la verdad es que la chica me gusta, pero mucho me temo que me pasará como con todas las mujeres con las que he estado. Después de la euforia de las primeras semanas, la cosa se enfriará y solo será un nombre más en las mujeres de mi vida. Sería muy incómodo vernos a diario después de ese momento.

Vosotros también lo veis así, ¿verdad?

Vaya locura de Navidad. Si os cuento todo lo que ha sucedido hasta hoy día 24, os caéis de espaldas, pero no os lo voy a contar, si queréis saberlo, vais a tener que leer *Siete motivos para odiar amar la Navidad*, porque esa historia no me corresponde a mí hacérsela llegar.

La cuestión es que aquí acabo de ver marchar a los protagonistas, que no son otros que mi hermano Lucciano y la cuidadora de doña Luisa, Inma, tras darse un morreo de campeonato mientras bailaban, y espero que sea para solucionar el pasado que tuvieron juntos y que ha traído un regalo sorpresa.

Y la verdad es que no tengo mucho que hacer ahora mismo en esta fiesta, porque la noche de hoy, tras cenar con la abuela, es la llamada Noche de Hermanos, no conozco a nadie más por aquí, así que me tomaré una copa y me iré a la habitación que tengo reservada. Así mañana me levanto temprano y voy a dar un paseo por Granada, que estará solitaria y podré disfrutarla sin el bullicio de estas fiestas.

Hala, y encima ponen una balada. Definitivamente, voy flechada a la barra, lo que menos me apetece es ver a parejitas felices disfrutando del amor. Puto David de los cojones, ya ha tenido que joderme la noche.

Esquivo a unos y otros, estoy a punto de salir de la pista de baile, pero alguien toma mi mano, tira de mí, me agarra por la cintura y estoy a punto de protestar cuando alzo la vista y me encuentro frente a mí a...

—¿Miguel?

—Feliz Navidad, Isabel.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto perpleja, porque era la persona que menos esperaba encontrarme.

—Me ha invitado... un profesor de la universidad —suelta de forma repentina.

—Míralo él, no con un compañero, sino con un profesor nada más y nada menos. No me esperaba que fueras el pelota de la clase.

Miguel suelta una carcajada y su nuez subiendo y bajando me hipnotiza. Ufff... Es que es tan guapo y está tan bueno... Normal que me parara los pies la otra noche, si yo no soy gran cosa a su lado.

—No soy el pelota de la clase, pero mi edad sí es más cercana a la de los profesores que a la de los alumnos. Además, no me da ninguna asignatura, así que no necesito lamerle el culo, es una amistad sincera.

—Claro, como eres el eterno estudiante que a sus treinta y un años aún vive con sus padres...

—Casi treinta y dos, te recuerdo que solo nos llevamos cuatro meses. ¿Y tu hermano? Juraría haberlo visto hace un rato.

—Se ha ido a terminar la noche de una forma más divertida que yo, o eso espero.

—Yo también lo creo, aunque debe estar doliéndole aún la bofetada que le has metido.

—Tampoco ha sido tan fuerte, lo justo para que reaccionara, ya sabes...

—Lo sé, mi padre ha tenido que darle alguna más de una vez. Lo que me extraña es que te haya dejado sola.

—No importa, sé valerme por mí misma, y si alguien se sobrepasa conmigo, hice un curso de defensa personal y lo dejaré doblado en el suelo con un dolor insufrible en las pelotas.

—¿Desde cuándo eres tan divertida? —dice entre carcajadas que vuelven a dejarme con cara de tonta.

—¿Yo divertida? Recuerdo a un tal Miguel que me dijo que era una aburrida, estirada y esnob a la que no soportaba.

—Pues vas a decirle a ese tal Miguel —susurra en mi oído, consiguiendo que se me erice la piel y contenga un gemido— que está muy equivocado, porque no solo eres divertida, sino que sabes besar increíblemente bien.

Dejo ir un suspiro al escuchar sus últimas palabras. Acaricia mis mejillas con su nariz hasta llegar a la mía, nuestros labios están demasiado cerca para mi cordura y creo arder cuando su

boca se apodera de la mía.

¿Y dice que yo beso bien? Bien besa él, que estoy ardiendo desde antes de que me metiera la lengua.

Sé que debería separarme de él, que sería lo correcto, pero es que me gusta demasiado... No, Isabel, para, tienes que parar.

—Será mejor que me vaya —suelto cuando consigo abandonar sus labios.

—Pues yo creo que no, la verdad —replica él.

—¿Qué pretendes, Miguel? Sé que no te gusto.

Mis palabras lo desconciertan y aprovecho para deshacerme de su agarre y emprender el camino a la salida del salón donde se celebra la fiesta, sin darme cuenta de que él ya ha reaccionado y me sigue de cerca.

Me meto en el ascensor que me llevará a la planta de mi habitación, y justo antes de empezar a cerrarse las puertas, él entra. Intento salir, pero se interpone en mi camino y no me lo permite.

—¿Cómo puedes decir que no me gustas? —pregunta molesto.

—No sé, lo mismo es porque las dos veces anteriores que nos hemos besado y magreado, en el momento en que se suponía que terminaríamos en la cama, has frenado y te has batido en retirada.

—¿En serio piensas que no me gustas? —gruñe al tiempo que coge una de mis manos y la lleva a su entrepierna, donde una erección de campeonato me saluda orgullosa.

—Serás cerdo... —comienzo a gritarle, pero mis gritos los silencian su boca con un morreo que no me deja lugar a dudas.

Joder, pues al final voy a estar equivocada y sí que le gusto al engreído este.

6

No entiendo cómo puede creer que no me gusta si es pensar en ella y ponerme duro. Sí, es cierto que las dos veces que nos hemos besado no llegamos a nada, pero no porque no quisiera, sino porque así se dieron las circunstancias.

Nuestro beso se interrumpe cuando llegamos a su planta, que es la misma que la mía, aunque iremos a su habitación, porque sería muy sospechoso que mi profesor me hubiera pagado la noche además de la entrada a la fiesta.

Entramos cuando al fin consigue sacar la tarjeta del bolso y comenzamos a desnudarnos con prisa. Dios, me encanta esta mujer, sus curvas son la leche, aunque si tuviera un poquito más de peso, creo que me gustarían incluso más. No, me da igual, me gustan de la misma forma.

Se sube al colchón cuando estoy deshaciéndome de la ropa interior y con un gesto del dedo índice, completamente desnuda y con una cara de lo más provocadora, me pide que la acompañe.

Yo la acompañaría al colchón, al Cielo, al Infierno o al supermercado en este momento. Donde fuera pero con ella.

Me tumbo sobre su perfecto cuerpo y la beso con delirio mientras froto mi erección contra su sexo. Gime contra mis labios y eso hace que me ponga más duro de lo que ya estoy.

Abandono sus labios y decido bajar a buscar sus pechos. Succiono uno de sus pezones, lo cojo entre los dientes con suavidad, tiro y después soplo sobre él. Sus jadeos no dejan lugar a dudas de que le gusta. Repito la operación un par de veces más y lo abandono para dedicarle la misma atención al otro. Hasta que tira de mi pelo y su cara de placer absoluto amenaza con volverme loco.

—Cómeme el coño.

—¿El coño? —Jamás hubiera esperado esas palabras saliendo de su boca, pero bien sabe el diablo que es gasolina pura para mi deseo—. El coño, el alma y todo lo que tú quieras.

Está empapada, justo como a mí me gusta, y no dudo en saquear su clítoris con la lengua, los

labios y los dientes. Introduzco dos dedos en ella y presiono rítmicamente su punto G. Está desatada, gime como nunca le había escuchado a ninguna otra mujer, no le importa dejar ver todo el placer que le estoy provocando, y sé que está cerca de dejarse ir cuando sus músculos comienzan a apretar mis falanges.

—Miguel, voy a correrme —jadea mientras sus caderas se mueven en busca de más placer.

—Hazlo —le ordeno—. Estoy deseando saborear tu orgasmo.

Y lo hace. Vaya si lo hace. Arquea la espalda con la respiración entrecortada y varios espasmos la recorren por entero. Esta mujer va a volverme completamente loco.

Subo besando su vulva, su vientre, su estómago, la hendidura entre sus pechos, su cuello hasta llegar a su boca, que la devoro con calma, con ternura, con delirio.

—Joder, qué bien sabes a mí —me dice con una sonrisa cuando paro—. Fóllame, Miguel.

—Mierda... —Y aquí viene la cagada del siglo, acabo de recordar que dejé los condones en mi habitación, que era el lugar lógico al que acudiría si me salía algún plan.

—¿Qué ocurre? —pregunta desconcertada.

—Dime que tienes condones.

—¿En serio que no llevas condones encima?

—A ver, no pensaba que acabaría en tu habitación, sino en la mía... de la pensión en la que me estoy quedando —rectifico a tiempo.

—Yo tampoco tengo... —gruñe frustrada.

—Nunca follo sin condón, Isabel...

Y no sé qué demonios la invade para que me haga un placaje y se suba a horcajadas encima de mí y comience a frotarse contra mi erección, que estaba empezando a decaer, pero que al sentir su humedad se ha venido arriba sin problema.

—¿Jamás has follado sin condón?

—Jamás —respondo con rotundidad, porque es la verdad.

—Yo tampoco —susurra con esa sonrisa maléfica que tanto me gusta, se alza un poco, toma mi polla con una mano y se la coloca en su entrada introduciendo mi glande—. Tomo la píldora.

Y es lo que necesito para agarrarla por las caderas e ir bajándola hasta estar completamente dentro de ella.

—Hostias, hostias, hostias...

—¿Te he hecho daño? —se interesa con un deje de preocupación.

—Para nada, pero casi consigues que me corra al sentirte sin látex de por medio.

—Ni se te ocurra, que quiero otro orgasmo antes de que te corras, Lucifer.

—¿Lucifer? —Que me llame así me ha dejado descolocado.

—Sí, Lucifer, porque con el orgasmo de antes has conseguido que arda en el Infierno.

Se echa hacia atrás, apoya sus manos en mis muslos y comienza a cabalgarme mientras yo ataco a su clítoris. Necesito que se corra rápido porque no voy a aguantar mucho más. Por suerte, no tarda mucho en hacerlo con mi nombre en los labios, y yo descargo un par de segundos después, por primera vez en mi vida dentro de una mujer, no de un condón.

Se deja caer sobre mí mientras recuperamos el ritmo de nuestras respiraciones y nuestros corazones, que están bombeando como locos.

—Ha sido...

—Ha sido brutal, Lilith.

—¿Lilith? —me pregunta ella sin comprender.

—Según la mitología mesopotámica y el folclore demonológico judío, Lilith era la pareja de Lucifer, y si yo soy Lucifer, tú eres ella, porque vaya manera de hacerme arder.

Y no solo por la intensidad del polvazo que acabamos de echar, sino por cómo ha hecho arder mi corazón, aunque eso es algo que no le voy a confesar, prefiero guardármelo para mí.

Madre mía, madre mía, madre mía. En serio, tenéis que leer el relato anterior, el de mi hermano e Inma. Os juro que estos dos me han hecho creer en el amor en estos últimos días, a pesar de que todavía me escuece lo de David. También tengo que reconocer que menos desde la madrugada del 25, que vaya locura de noche pasé con Miguel.

¡Quién me lo iba a decir a mí, que me parecía un tipo insoportable!

Y lo mejor de todo es que ahora mismo voy camino de Sierra Nevada en el coche de la empresa con él. Sí, lo que estáis leyendo, que me he tenido que ir a la entrada del pueblo andando para que nadie viera que me recogía él.

La cuestión es que yo no pensaba que volviéramos a vernos, pero me llamó anoche y me invitó a ir a la nieve. No creo que esquiemos ni nada, pero podemos tomarnos algo y disfrutar de las vistas.

Ya estamos llegando, y esto es impresionante. Aunque para impresionante es que hemos llegado a la puerta de un hotel megalujoso, un chico joven me ha abierto la puerta del coche y Miguel le ha dado las llaves para que lo aparque. Os prometo que estoy alucinando en colores.

—Vamos, no te quedes ahí —me pide como si esto fuera lo más normal del mundo.

Lo sigo por el *hall* del hotel hasta que llegamos a una habitación que abre con la tarjeta que saca de la cartera. Me coge de la mano y tira de mí hacia dentro para, nada más cerrar, lanzarse a devorar mi boca, y no puedo seguir pensando, lo siento, ya luego le pediré explicaciones y os lo cuento.

Nos desnudamos con prisas y me guía hacia la... ¿terrazza?

—¿Qué haces? ¿Estás loco? Nos vamos a congelar.

—No si nos metemos ahí dentro —responde, señalando un *jacuzzi* que me llama como el polen a las abejas.

—Espera un momento. Antes de meternos ahí y ponernos a follar como locos, explícame por

qué estamos aquí.

—Es fácil...

—No me lo digas... ¿Tu profesor? —le digo, porque es la única explicación que se me ocurre.

—No, para nada. Ahorros.

—¿Ahorros? —No termina de aclararme nada con una simple palabra.

—Cada mes guardo una parte de mi sueldo para hacer una escapada al año, unos trescientos euros más o menos. Si lo multiplicas por doce meses, me da para pagar la pensión de todos estos días, comer sin derrochar y permitirme una noche en este hotel, el equipo para esquiar y las pistas.

—Vaya...

—Lo hago todos los años.

—Pues mola el planteamiento, la verdad.

—¿Vamos a disfrutar de ese *jacuzzi*?

—Vamos.

A cada momento me sorprende más este hombre. Siempre lo he visto como alguien que no se preocupa por nada, que va por la vida derrochando, de fiesta, liándose con unas y otras... Pero no, resulta que hasta ahorra para permitirse un viaje al año. De verdad que nunca lo hubiera imaginado.

Nos metemos en el agua. Está caliente, lo suficiente para que no queme, y me siento malvada, muy malvada. Me subo a horcadas sobre él y comienzo a frotarme, notando cómo cada vez crece más su erección. Lo beso con pasión, con lujuria, con delirio, y cuando me alza para encajarse en mí, freno y lo miro muy seria.

—¿Has traído condones? —No sé cómo soy capaz de aguantar la carcajada ante la cara que acaba de ponerme.

—¿Condomes?

—Es broma, tonto —respondo entre carcajadas al tiempo que me dejo caer, haciendo que

entre en mí por completo.

—¿Broma? Ya me cobraré después la broma.

El día de ayer, la noche y el despertar de hoy han sido como un sueño. Después del polvo en el *jacuzzi*, nos vestimos y fuimos a alquilar unos equipos para esquiar. Eso sí, llevo un moratón en el culo y otro en una pierna, y no porque nos haya dado por practicar sado, sino por las caídas que me pegué. Y sí, me las pegué yo sola, porque no os hacéis una idea de lo increíblemente bien que esquiaba Miguel. Me quedé muerta. Y eso que solo lo hace una vez al año.

Comimos en una terraza y esquiábamos hasta que comenzó a atardecer, que nos subimos a la habitación para disfrutar del momento desde el *jacuzzi*. Lo hicimos abrazados, hablando de nosotros, de nuestras vidas, mientras nos prodigamos besos tiernos y caricias.

Después de eso, pedimos la cena al servicio de habitaciones y, tras comer, cumplió la promesa de cobrarse la broma. Tres veces me llevó casi al orgasmo y paró en el último momento. Eso sí, cuando se apiadó de mí y me dejó culminar, creo que fue el más impresionante que he tenido en mi vida.

Y ahora estoy aquí, llegando a la casa de mi abuela desde la entrada del pueblo para que nadie nos viera, y sin saber si volveremos a vernos antes del día 10, cuando nos recoja para volver a Madrid.

Y la verdad es que no sé cómo sentirme, porque es verdad que solo hemos quedado para follar, y después de lo que he pasado en los últimos tiempos es lo que mejor me viene, pero hay algo dentro de mí que quiere verlo pronto.

Este sentimiento extraño es porque nos lo pasamos genial en la cama, ¿verdad?

Me siento en la mesa del restaurante del hotel a la espera de que Daniel llegue. Hemos quedado para comer y darnos los regalos de Reyes, que desde siempre ha sido el mismo; una botella de ginebra de la mejor calidad.

Mi teléfono suena, acaba de llegarme un mensaje, y sonrío al ver que se trata de Isabel. Me muerdo el labio al ver una foto suya con un precioso collar que me dice le ha regalado su recién estrenada sobrina Carola, y le devuelvo una cara con corazoncitos y unas llamas, ya que solo viste ropa interior para enseñarme el regalo.

Joder, estoy deseando que llegue esta tarde para recogerla y llevarla al hotelito que tengo reservado para que mi mentira no se venga abajo, después, cuando la deje otra vez en el pueblo, volveré aquí, que mañana quiero esquiar.

Yo que pensé que no volveríamos a vernos hasta el viaje de regreso, me vi mandándole mensajes cada día para quedar. No sé que me ha hecho esta mujer, pero me gusta muchísimo, me gusta de verdad, como antes no lo ha hecho ninguna, y me da un poco de miedo el asunto. Hasta el punto de que muchas mujeres aquí se me han puesto a tiro y he pasado de ellas, cuando en otra época las hubiera subido a mi habitación para echar un buen rato de sexo.

—Ey, ¿en qué piensas? Te he saludado, me he sentado y ni te has dado cuenta.

—Disculpa, estaba...

—¿La chica de Navidad?

—Pues sí, no voy a mentirte. Hemos quedado esta tarde otra vez.

—Lo raro hubiera sido que no quedarais, os veis todos los días. Te ha dado fuerte, ¿eh?

—Bah. No más que otras —miento como un bellaco.

—Eso no se lo cree nadie, y menos yo, que te conozco bastante bien.

—Bueno, no estamos aquí para hablar de Isabel, sino para que me cuentes qué tal tu reunión con los inversores nuevos.

Dejamos a Isabel de lado, cosa que agradezco, y me concentro en lo que me cuenta. La verdad es que estamos de vacaciones, aunque son las vacaciones del autónomo, como se suele decir, que ni estando de descanso se desconecta del todo.

La alarma de mi teléfono suena cuando estamos terminando el café. La puse para que me avisara de que en una hora he quedado en la entrada de Maracena con Isabel. Me dijo que tenía un regalo para mí, y yo también le he comprado un detalle, unos pendientes que voy a hacerle creer que son de circonitas, pero que en realidad son diamantes.

—Tengo que dejarte. He quedado en un rato.

—Anda, corre a ver a esa mujer que te trae de cabeza. ¿Llegas para cenar?

—Sí, ella tenía cena con su familia.

Nos despedimos con un abrazo, subo corriendo a la habitación, me cambio de ropa y salgo del hotel con tiempo suficiente.

Conduzco hasta el pueblo y aparco donde siempre quedamos, un solitario paraje que hay antes de entrar. El taxi que la trae no tarda en llegar, y le da indicaciones de a la hora que quiere que la recoja de nuevo.

Llega corriendo hasta mi coche, se sube en el asiento del copiloto y viene directa a devorar mi boca con una pasión desmesurada.

—Joder, qué saludo más bueno —le digo cuando una de sus manos vuela a mi polla, que ha reaccionado de inmediato con el primer contacto de su lengua sobre la mía.

—No sé qué me pasa hoy, pero estoy muy muy cachonda.

—Para de masturbarme por encima de la ropa o terminaré corriéndome en los pantalones.

—De eso ni hablar —dice mientras desabotona el pantalón, mete la mano en mis calzoncillos, me la saca y se abalanza sobre ella para comérmela con delirio.

—Madre mía, Isabel...

Me dejo hacer. Esa boca es una jodida locura. Agarro su pelo y comienzo a moverla sin contemplaciones en busca de mi placer, hasta que noto que estoy a nada de correrme.

—Me voy... —aviso al tiempo que intento separarla de mí, pero ella, lejos de obedecer, me

engulle hasta rozar su campanilla, provocando que descargue de inmediato y muera de placer al notar cómo traga mi orgasmo sin rechistar.

—Me encanta cómo sabes —me suelta tras darme un pico, colarse bien en su asiento y ponerse el cinturón de seguridad—. ¿A dónde vamos?

—Directos al hotel, tengo que devolverte esto, y pienso hacerlo a lo grande.

Recompongo mi ropa, arranco y enfilo la carretera dispuesto a llegar cuanto antes y cumplir la promesa que acabo de hacer. Porque ella dirá que le encanta mi sabor, pero yo me he vuelto adicto al suyo y pienso estar toda la tarde degustándolo.

Toca volver a Madrid, y no me apetece nada. Vale que allí tengo más libertad, sobre todo, en lo que concierne a Miguel, aunque tampoco tengo claro qué va a suceder cuando estemos allí, porque la verdad es que hemos quedado casi a diario, pero nos limitamos a follar como locos... Bueno, también hemos hablado mucho entre polvo y polvo, pero en ningún momento de si lo nuestro es solo sexo o algo más. Tampoco es que yo esté muy por la labor después del chasco que me he llevado con David.

—¿Estás lista? Miguel acaba de llegar.

El aviso de mi hermano me ha sacado de mis pensamientos, pero también ha hecho que un cosquilleo se instale en mi estómago. Nos queda por delante un montón de kilómetros en los que deberemos comportarnos como empleado y jefa, y no sé si voy a saber disimular que lo que existe entre nosotros es mucho más que eso.

Corro por las escaleras hasta la entrada de la casa, donde me esperan mi hermano despidiéndose de Inma y Carola, y también mi abuela, que los mira con una sonrisa de pura felicidad.

Siempre me voy de aquí con la pena de dejarla sola, de que le suceda algo y no nos enteremos, pero eso ahora ha cambiado. Sé que Inma velará por ella, y Carola mucho más; desde que sabe que es su bisabuela, pasa muchas horas acompañándola.

—Abu, te prometo que vendré pronto a verte —le aseguro al tiempo que la abrazo.

—No me cabe duda con la cantidad de salidas misteriosas que has tenido estas Navidades — me responde con una sonrisa pícaro que hace que me sonroje. Lo que ella no sabe es que el dueño de las salidas misteriosas se viene conmigo a Madrid.

—En Semana Santa seguro que volvemos, recuerda que empiezan las obras en el terreno que ha comprado Lucciano, y si todo va bien, en un año nos tendrás aquí para siempre.

—Ay Princesa, a ver si llega pronto ese momento.

—Venga, que tenemos que irnos ya —interrumpe mi hermano la conversación—. Que llevas media hora preparada y has sido la última en estar lista.

—Disculpa si a mi querida menstruación le ha dado por llegar en el momento más inoportuno. No es culpa mía —replico a su reproche demasiado enérgica, las hormonas ya están hablando por mí.

—¡Qué viaje me espera! ¿Por qué me mandas este castigo, Dios mío?

Escucho una tosecita casi imperceptible y me giro para mirar al dueño, que no es otro que Miguel, y me llevan los demonios cuando veo que está aguantando la risa. Hoy no estoy yo para tonterías.

Terminamos de despedirnos, nos subimos al coche y emprendemos el camino, que debemos interrumpir para comer y para que yo vaya al baño. La barriga me duele menos que otras veces, y también estoy sangrando muy poco este mes.

Llegamos a Madrid cuando el reloj marca las seis de la tarde, y mi hermano le pide a Miguel que lo lleve directamente a la sede de nuestro estudio. Al parecer, has surgido un contratiempo con una de las constructoras, y requiere de su presencia inmediata.

Lo dejamos y nos encaminamos a mi piso. Miguel sigue en su papel de jefa empleado hasta que perdemos de vista a mi hermano, que se desanuda la corbata y se la saca por la cabeza.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta, y la verdad es que hasta ilusión me ha hecho que se preocupe por mí.

—Bien desde que me tomé la pastilla para el dolorcillo que tenía.

—Me alegro, estabas muy pálida cuando paramos a comer.

Llegamos a la calle de mi edificio, y en vez de dejarme en la puerta, aprovecha para aparcar en un hueco que acaba de quedarse libre.

Nos bajamos, saca las maletas y nos encaminamos a la puerta de entrada, donde me toma por la cintura y me besa con las ganas que los dos llevamos conteniendo todo el viaje.

—Si no estuviera con la regla, te invitaba a subir —le digo cuando conseguimos separarnos.

—¿Estás sangrando mucho? —me pregunta.

—Muy poco, ¿por qué?

—Pues subamos.

—Pero...

—Me da igual que estés mala, de hecho, me encanta, porque te prometo que voy a hacerte disfrutar los mejores orgasmos de tu vida —me susurra, pegándose a su cuerpo para hacerme sentir su erección.

—¿Estás seguro?

—¿De qué?, ¿de follar estando con la regla o de darte placer sin descanso?

—De lo primero, obviamente, lo segundo jamás lo pondría en duda viniendo de ti, Lucifer.

—Venga, abre ya, Lilith, que me muero de ganas por hacerte arder en el infierno.

Lo dicho, no sé qué será de nosotros, lo único que tengo más que claro es que el infierno se nos va a quedar pequeño y no pienso desaprovechar ninguno de los momentos que nos queden por disfrutar juntos.

Miro a mi derecha y ahí está Isabel, aún dormida. Hoy es sábado, anoche quedamos para pasar un rato juntos y terminé quedándome a dormir. La verdad es que ni yo se lo propuse ni ella me lo pidió, simplemente, después de hacer el amor tras ver una película, nos acurrucamos y nos quedamos fritos.

Estiro el brazo y cojo el teléfono de la mesita de noche para ver la hora. Tengo un correo electrónico de mi secretario con los últimos detalles de la gala a la que tengo que asistir esta noche junto a Daniel, algo que no me apetece nada y que me expone demasiado, pero que sé que debo hacer.

—Buenos días —me saluda Isabel con un beso en la mejilla—. ¿Qué hora es? —pregunta aún adormilada.

—Las diez y media.

—¿Las diez y media? ¡Me he quedado dormida, mierda! Tengo peluquería a las doce.

—Todavía tienes tiempo —le digo sin entender la prisa, aún queda hora y media.

—Ya, pero tengo que ducharme, desayunar, pedir un taxi...

—Dúchate mientras yo preparo el desayuno, y no necesitas taxi, yo te llevo, anoche vine en mi coche.

Esa última parte debí habérmela callado, porque a ver cómo le explico que tenga un coche de alta gama, que es el que suelo usar para los desplazamientos largos, pero es que el utilitario estaba en el taller pasando la revisión anual.

—Vale... Pues saca pan del congelador para tostarlo y ve preparando los cafés. Como no tengo que lavarme el pelo, la ducha va a ser rápida.

—Perfecto...

Me visto maldiciéndome y voy hacia la cocina. Tengo que pensar una excusa creíble para tener este tipo de coche en mi poder, porque sería muy extraño que pusiera a mi profesor de

excusa otra vez, va a pensar que me traigo algo raro con él.

Comienzo a tostar el pan cuando la cafetera anuncia que ya están listos los cafés, y estoy dándole el primer sorbo al mío cuando ella aparece por la cocina ya vestida.

—¡Me encanta la combinación de olores del pan tostándose y el café recién hecho!

—Y a mí me encanta el tuyo recién salida de la ducha —le digo mientras me acerco a ella con su taza en la mano.

—Gracias. Hoy voy a necesitar cafeína en vena para aguantar despierta, últimamente, tengo más sueño de lo normal. Seguro que estoy otra vez con el hierro por los suelos.

—Pues tienes que cuidarte.

—Sí, el lunes pediré cita con mi médico para que me haga una analítica.

Su teléfono comienza a sonar, y abre mucho los ojos cuando ve quién la llama. Me muestra la pantalla, veo que es su hermano y entiendo su cara de nerviosismo.

—No hagas ruido —me advierte mientras descuelga—. Hola, hermanito... ¿Cómo?... Vale, vale —dice justo antes de colgar el teléfono con la cara descompuesta.

—¿Ha pasado algo grave?, ¿está bien tu abuela? —le pregunto, porque jamás la he visto en estado y lo único que se me ocurre que pueda ponerla así.

—¿Mi abuela? Sí, no es eso... Es que... ¡Lucciano está subiendo!

—¿Y qué pasa?

—Pues que te va a ver.

—Vaya... No sé, ya llevamos un tiempo, creí que no te importaría que lo supiera.

—No, a ver, yo nunca le he ocultado a mi hermano cuando he tenido una relación, pero...

Alzo la mano para pararla antes de que diga lo que creo que va a decir, porque si lo verbaliza, no creo que pueda mirarla de nuevo a la cara. Intento calmarme, pero es algo que me supera y necesito saber con el tipo de mujer con la que estoy manteniendo una relación.

—¿Te avergüenzas de mí porque no tengo tu misma posición económica? Porque si es así...

—Pero ¿tú eres tonto? ¿Cómo te atreves a pensar eso?

—No sé, como no quieres que tu hermano lo sepa.

—Pero no es por eso, es porque no sabría decirle qué es exactamente lo que tenemos. Sí, nos vemos a diario, tenemos sexo, lo pasamos genial cuando estamos juntos y nos estamos conociendo, pero... ¿qué somos, Miguel?

Suspiro aliviado ante su respuesta, la verdad es que no le hemos puesto etiqueta a lo que tenemos, pero hasta he estudiado aquí algunas tardes mientras ella trabajaba en su despacho, lo único que me falta es que me traiga...

—Mañana por la tarde, voy a venir con un cepillo de dientes para dejarlo en tu baño, y hazme hueco en algún cajón para guardar una muda. ¿Aclara eso lo que somos?

—Eso son palabras mayores... —me dice con media sonrisa.

—Pero si no quieres...

—Ya sé cuál va a ser tu cajón, Lucifer.

Se acerca a mí y me besa con una pasión que me corta la respiración hasta que suena el timbre. Debe ser Lucciano.

Caminamos de la mano hasta la puerta, abre y su hermano nos mira sorprendido, aunque con una sonrisa maliciosa muy parecida a la de ella.

—Ya era hora de que lo hicierais oficial, Polilla.

¿Polilla? ¿Ha llamado polilla a Isabel? ¿Estaba al tanto de lo nuestro? ¿Se lo había contado Isabel y me ha engañado antes?

—¿Cómo? —pregunta ella perpleja, contestando a mi última pregunta.

—Lo sé desde el día 2 de enero, cuando me llamaron de la empresa porque el coche que nos llevamos a Maracena tenía que pasar la revisión. Les dije que por qué me llamaban a mí, y la respuesta fue que la localización indicaba que el coche estaba en el pueblo. Me hice el loco y decidí vigilar el coche. ¿Y sabéis cuál fue mi sorpresa? Que cada vez que mi hermanita salía a Granada, el coche aparecía en Maracena, y cuando volvía, el coche también lo hacía. Qué casualidad, ¿verdad?

—Nos ha pillado de lleno, Isabel.

—Bueno, pues nada, que sí, que estamos juntos —le confirma ella.

—Pues me parece estupendo, ya sabes que adoro a tu familia. Lo único que te digo es que no se te ocurra hacerla sufrir, que ya tuvo bastante con...

—Tranquilo, no necesito a nadie más que a ella.

—Venga, machitos, dejad de defender a la damisela, que tiene peluquería en un rato. Nos vemos luego, Lucciano, ¿me recoges a las ocho?

—¿Vas a la peluquería de siempre? —le pregunta.

—Sí.

—Pues vente conmigo, que yo también tengo cita.

Definitivamente, Dios existe. Lucciano acaba de salvarme el cuello con lo del coche, aunque ahora que lo nuestro se ha convertido en una relación, debo contarle a Isabel que no soy quien aparento ser, y espero que esta mentira no se convierta en un problema entre nosotros.

Llegamos a la gala de la fundación con la que empezaremos a colaborar en unas semanas y no tengo ganas ningunas. Sinceramente, preferiría estar en mi piso con Miguel, aunque él me animó a que viniera al compromiso que tenía con mi hermano porque había quedado con unos amigos.

Entramos al *hall* y un camarero nos ofrece una copa de un exquisito champán. Mi hermano le pregunta cuál es, y me sorprende que sea el mismo que tomamos Miguel y yo el día que pasamos en Sierra Nevada. A ver, que hemos pagado mil euros por cubierto porque es un acto benéfico, pero ya podrían haber buscado una bebida con un poquito más de glamur, porque si Miguel puede hacerse con unas cuantas botellas, no creo que deba ser muy caro.

—Joooder —exclama Lucciano a mi lado.

—¿Qué sucede? —le pregunto sobresaltada.

—Que he buscado el champán en Google para comprarlo y es bastante caro.

—¿Perdona? No lo creo, mira bien, a ver si es una página de estas que venden a precios desorbitados.

—Que no, que es la página de la marca, que cada botella cuesta casi cuatrocientos euros.

—¿Cuatrocientos euros?

—Mira.

Me enseña el teléfono y me quedo de piedra. ¿Cómo es posible que Miguel tuviera tantas botellas? Es camarero en la universidad en la que estudia, vale que ahorrara para el viaje y la nieve, pero es imposible que le dé para algo tan costoso. Aquí hay algo que no me cuadra...

—Señores, les invito a pasar al salón, en breve dará comienzo la cena.

Damos las gracias a la chica que ha venido a avisarnos y seguimos la dirección que nos ha indicado. Un joven apostado en la puerta nos dice cuál es nuestra mesa, y nos dirigimos a ella saludando en el camino a algunos conocidos.

Suspiro aliviada al ver que todos los comensales son más o menos de nuestra edad, no soportaría a una señora de ochenta años a mi lado hablándome de la conveniencia de casarme ya por la edad que tengo, y que tenga cuidado de con quién me relaciono, porque gente de nuestro nivel tiene que saber escoger... Sí, así fue en la última gala a la que asistimos, no me levanté y me fui por no dar el espectáculo.

La cena transcurre entre conversaciones de trabajo, incluso se llegan a algunos acuerdos entre los presentes cuando estamos terminando de comernos el postre.

De repente, desde el escenario, un hombre de unos cincuenta años toma el micrófono, llamando la atención de todos los presentes.

—Ese es uno de los fundadores de la fundación, el otro es un misterio sin resolver.

—No te entiendo.

—Que nadie sabe quién es. Calla, que empieza a hablar.

Guardo silencio mientras escucho las decenas de agradecimientos que lanza el hombre, y no me quedo dormida de milagro, porque vaya si me tiene cansada la falta de hierro.

—Y ahora os traigo una gran sorpresa. —Eso llama mi atención y consigue que me espabile un poco—. Como bien sabéis todos, mi socio en los negocios y cofundador de esta fundación siempre ha querido mantenerse en el anonimato más absoluto, fue la única condición que me puso hace ya muchos años para desvelarme sus ideas y que pudiéramos ser el gran grupo que somos hoy.

»Pero, por fin, ha decidido dar la cara, y yo me siento feliz de que el mundo pueda conocer a la mente más brillante que he tenido el gusto de conocer. Mi gran amigo, Miguel Atienza Guitarte.

Siento cómo el mundo se abre bajo mis pies al escuchar ese nombre. No, debe ser una casualidad, aunque sus apellidos tampoco es que sean de los más comunes, pero cosas más raras se han visto.

No, no es una coincidencia, la persona que está en el escenario es él.

—¿Tú sabías esto? —me pregunta mi hermano perplejo—. Vale, por tu cara deduzco que no

tenías ni idea.

—Buenas noches a todos —dice cuando cesan los aplausos. Es su voz, es él, ¿cómo puede ser? ¿Cómo ha podido ocultarme algo así?

—Necesito salir de aquí, Lucci —le ruego, porque sé que voy a ponerme a hiperventilar de un momento a otro.

—Isabel, ¿qué te pasa?

—¿Por qué me ha ocultado algo así? ¿Acaso pensaba que le daba valor a este tipo de cosas? Me ha mentido, otro hombre que vuelve a mentirme. Dos megamentiras en dos putos meses. ¡Eso es lo que me pasa, joder! Necesito salir de aquí, me falta el aire, no puedo respirar... Voy a vomitar...

Me levanto de la silla mientras digo esto último a mi hermano con la intención de buscar un baño, pero no me da tiempo a decir nada más, la cena sale disparada de mi estómago, y momentos después, me pesan los ojos, todo empieza a nublarse, escucho a Miguel pronunciando mi nombre, pero me puede el sueño.

12

Tierra trágame. No puede ser verdad, la persona que acaba de levantarse de su mesa y me mira con dolor evidente no puede ser Isabel.

Dejo a Daniel con la palabra en la boca y salgo corriendo para darle al encuentro, veo cómo se tambalea, apoya una mano en la pared más cercana a la puerta, vomita y se desvanece justo cuando llego a su lado, a tiempo para que no caiga al suelo y se haga daño.

—Isabel, cariño, reacciona.

—Suelta a mi hermana, maldito cabrón.

—No voy a soltarla, tengo que hablar con ella —suplico a Lucciano sin poder contener el llanto.

—¿Ahora tienes que hablar con ella? Eso ya hace tiempo que deberías haberlo hecho, ¿no crees?

—¿Qué me ha pasado? —susurra Isabel, abriendo y cerrando los ojos.

—Te has desmayado, cari...

—Suéltame ahora mismo si no quieres que te dé una bofetada —me espeta con rabia.

—Pero...

—No quiero saber nada más de ti —me dice al tiempo que su hermano la ayuda a levantarse—. No quiero volver a verte en mi vida. Y ojalá mi mente olvide pronto lo que hemos vivido juntos. Eres un mentiroso, llevas dos meses mintiéndome, y ya voy bien servida de mentiras en los últimos tiempos. Así que, por favor, no me llames, no intentes verme, porque lo único que siento por ti en este momento es odio.

Miro a mi alrededor, todos nos observan, por suerte, todo lo que me ha dicho Isabel ha sido entre susurros, solo su hermano, ella y yo hemos sido testigos de la conversación, así que vuelvo al escenario, pido disculpas a los presentes y me voy. El público imaginará que a acompañarla, pero lo cierto es que de lo único que tengo ganas es de meterme en la cama y que, como si de

una película se tratara, cuando despierte, vuelva a hacerlo en este mismo día, durmiendo junto a Isabel, y evitar lo que ha sucedido.

Me subo al coche con los ojos anegados en lágrimas, y no arranco hasta que consigo serenarme. No podía conducir en ese estado o terminaría estampado contra una farola.

Llego a casa, entro y me encuentro a mis padres viendo una película. Intento que no me echen mucha cuenta, pero mi madre se gira y me mira extrañada.

—¿De dónde vienes tan elegante? No te había visto ese traje nunca.

Claro que no me lo ha visto nunca, todo lo que se refiere a mi alto poder económico está en el piso que compré hace unos años y del que nadie tiene constancia en mi familia. Bueno, solo mis hermanas lo saben.

—He trabajado hoy en una fiesta de camarero...

No, no puedo seguir mintiendo, si algo he aprendido esta noche es que no va a traerme nada bueno continuar haciéndolo.

—Tengo que hablar con vosotros. Hay algo que os he estado ocultando y que no quiero seguir haciendo.

—¿Te pasa algo grave, hijo? —se interesa mi padre con evidente preocupación en el rostro.

—No, no es grave. Bueno, según se mire. —Respiro hondo antes de continuar—: No trabajo en la cafetería de la universidad, y nunca lo he hecho en ninguna otra, lo cierto es que...

—Pero eso ya lo sabíamos, hijo —dice mi madre tan tranquila.

—¿Cómo que ya lo sabíais? ¿Os lo han contado mis hermanas?

—¿Tus hermanas? No, ellas no nos han dicho nada —las defiende mi padre—. Lo sabemos porque fui a buscarte cuando tu hermano Andrés tuvo el accidente de moto, y me dijeron que allí ni trabajaba ni había trabajado nunca un tal Miguel.

—Pero... de eso hace cuatro años...

—Y cinco meses, que vaya susto nos dio —agrega mi madre.

—¿Por qué no me lo habéis dicho antes?

—Mira, hijo, sabes que siempre hemos respetado todas las decisiones que habéis tomado en la

vida, y no contarnos que eres rico era tu decisión, así que debíamos respetarla hasta que quisieras que lo supiéramos.

—Nosotros estábamos felices de que no fuera porque andabas metido en cosas raras, que fue lo primero que pensamos, y más aún de tenerte en casa y de que siguieras siendo la persona humilde que eres, porque eso es algo que os hemos querido inculcar desde pequeños.

—Pero también soy un mentiroso, mamá, y hoy me ha costado muy caro...

—¿Qué ha pasado? —se interesa mi padre.

—Alguien a quien... Joder, ha hecho falta que pase esto para darme cuenta de que la quiero. La cosa es que me he enamorado, y cuando lo ha descubierto todo...

—¿Se ha enfadado mucho Isabel?

—Pero... ¿también sabéis eso? Madre mía, ¿tengo padres o dos agentes infiltrados?

—Es que los padres tenemos radares..., y un jefe que vale su peso en oro y se preocupa por sus empleados y su familia. Lucciano me contó sus sospechas, y solo tuvimos que unir fichas cada día que pasaba para darnos cuenta de que esas sospechas eran ciertas.

—Mira, cariño, si de verdad amas a Isabel como creo que lo haces, lucha por ella, discúlpate de la forma que sea, arrodíllate y suplícale que te perdone... No te dejes vencer, porque me encanta como nuera, la verdad —me aconseja mi madre con esa nota de humor que siempre pone a las situaciones delicadas.

—Me ha dejado claro que no quiere saber nada de mí.

—Bueno, piénsalo, háblalo con la almohada, que siempre ha sabido dar buenos consejos.

—¿No queréis saber por qué no os conté nada? —les pregunto mientras ambos me abrazan.

Y sí, les cuento toda la historia, el motivo que me llevó a no querer decirlo, que, como bien sabéis, no era otro que no quisieran recibir mi ayuda.

Los dejo en el salón terminando de ver la película y me dirijo a mi dormitorio. Necesito una ducha y seguir el consejo de mi madre, hablar con la almohada siempre es bueno, y espero que me ayude a tomar la decisión de si luchar por Isabel o dar la guerra por perdida.

No puedo con el cabezota de mi hermano. Si yo lo único que quiero es irme a mi casa, acostarme y llorar hasta quedarme dormida. Pues no, por cojones a Urgencias, cuando estoy perfectamente, pero dice que no se queda tranquilo si no me ve un médico.

Lo bueno es que me harán una analítica y me recetarán ya el hierro, que es lo que necesito para no sentirme tan cansada y con tanto sueño.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta Lucciano, sacándome de mis pensamientos.

—Qué pesadito... Estoy perfectamente.

—Entonces, ¿prefieres que te lleve a casa?

—No, anda, que así me hacen analítica, pensaba pedir cita con el médico el lunes porque creo que tengo el hierro bajo. Así salgo ya de eso.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? ¿Desde cuándo llevas así?

—Pues no sé, hace un par de semanas.

—¿Un par de semanas y no me lo has contado?

—Mira que eres tremendista —respondo cuando ya estamos aparcados en el *parking* de la clínica privada a la que siempre acudimos.

—Solo me preocupo por ti, ¿vale? ¿O no puedo preocuparme con mi hermana? —me replica a la defensiva. Hay veces que soy un poco lenta para pillar las cosas, pero termino por hacerlo, así que me acerco a él y lo abrazo.

—No me pasa ni me va a pasar nada. No voy a dejarte solo nunca, incluso me iré a vivir a la residencia de ancianos donde tú estés si llega el caso.

—No puedo evitarlo, Polilla. Eres lo único que me queda...

—Oye, de eso nada, que te recuerdo que ahora tienes hasta una hija.

—Pero solo tengo una Polilla.

Ya más calmados, entramos en la clínica y nos dirigimos al mostrador. La joven que nos

atiende nos hace pasar a una sala de espera en la que solo hay un par de personas más, lo que quiere decir que pronto saldremos de aquí.

No pasan ni dos minutos cuando nos avisan para pasar a la consulta, y como ya sabía, me manda una analítica para ver cómo estoy y pide que me pongan un gotero de Primperan para calmar las náuseas que todavía tengo.

Volvemos a la sala de espera y hablamos de todo un poco, Lucciano está haciendo lo imposible para que no piense, pero no puedo evitar evadirme de vez en cuando de la conversación, recordar todos los momentos vividos junto a Miguel, lo bien que congeniábamos, lo bonito que fue todo, hasta que descubrí lo que me ocultaba, y todo lo sentido a su lado pasó a ser una gran mentira. Y las lágrimas salen de mis ojos sin permiso, casi sin darme cuenta de que estoy llorando, y lo único que me consuela es el abrazo del hombre que nunca dejará de amarme.

Mi nombre suena por la megafonía y nos dirigimos a la misma consulta donde estuvimos antes. Él médico nos mira sonriente, y no entiendo muy bien por qué, pero bueno, imagino que el hombre tendrá toda la felicidad de la que yo carezco.

—¿Tengo muy bajo el hierro? —pregunto nada más sentarme.

—¿El hierro? El hierro está perfecto.

—Entonces, ¿por qué se siente tan agotada? —pregunta mi hermano.

—Me alegra comunicarles que van a ser padres.

¿Sabéis eso que dicen que toda tu vida pasa por delante cuando estás a punto de morir? Pues miles de pensamientos se cruzan por la mía antes de poder articular palabra.

—Debe estar equivocado...

Miro a Lucciano y está en *shock*, así que le doy una bofetada, porque es la única forma de que vuelva en sí. El médico nos mira horrorizado, imagino que estará pensando que no esperábamos la noticia y me he cabreado con el supuesto padre de mi hijo, y me apresuro a sacarlo del error.

—Es mi hermano, y si le he pegado es porque ha entrado en pánico y es la única forma de sacarlo. Como le he dicho, es imposible que esté embarazada porque tomo la píldora.

—Ningún método anticonceptivo es infalible, señorita.

—Disculpe un momento, no ha tenido suficiente con una. —Me giro hacia Lucciano y le doy otra bofetada, y esta vez sí coge una bocanada de aire y vuelve a la realidad.

—Si quiere... —continúa hablando el médico un poco alucinado con lo que está viviendo esta noche en su consulta— puedo hacerle una ecografía y salimos de dudas.

—Me parece estupendo.

—Acompañenme a la consulta de mi compañero, que es ginecólogo, aunque no sé si él debería quedarse aquí...

—¿Quedarme aquí? ¿Está loco? No puedo dejar sola a mi hermana en un momento así.

—Vale, pero intente no entrar en *shock* —le pide el médico, y suelto una carcajada sin poder contenerme.

Llegamos a la otra consulta y el médico me hace tumbarme en la camilla tras deshacerme del traje de fiesta y ponerme un camisón de hospital.

—Joder, qué frío está... —exclamo al sentir el gel que usa—. Perdón...

—Tranquila, está frío de cojones —contesta el médico con un acento de Granada que hace que mi hermano y yo nos miremos.

—¿De qué parte de Granada es usted? —le pregunta Lucciano cuando empieza a mover el ecógrafo por mi barriga.

—Vale que tu hermana no se acuerde de mí, pero tú deberías recordarme, estudiamos juntos en el colegio.

—¿Cómo? ¿Eres de Maracena?

—Claro, soy Lorenzo, el hijo de Carmen y Fernando, los dueños de la panadería.

—¡No jodas! Pero, tío, es que has cambiado un montón. Eso sí, el acento no lo has perdido, cabrón.

—Bueno, vamos a lo que vamos, luego seguimos charlando. A ver... Aquí está el pequeñín y todo parece estar perfecto. Vamos a ver cuánto pesa y cuánto mide. Y ahora... ¿escucháis lo bien que late ese corazón?

El corazón es lo que se me va a salir a mí del pecho. ¡Estoy embarazada! ¡Un bebé mío y de

Miguel crece en mi vientre!

—Estás de ocho semanas.

—Eso es imposible, tuve la última regla el 10 de enero y me tocaba hace un par de días...

—¿Cómo fue esa última regla? ¿Abundante, escasa, igual que siempre?

—Solo manché un poco durante un par de días.

—Pues ahí lo tienes. En muchas mujeres es algo que sucede. Si los cálculos no me fallan, te quedaste embarazada sobre el 28 de diciembre.

—Joder, pues vaya inocentada... —suelta mi hermano antes de quedarse rígido de nuevo y en silencio.

—¿Todavía le pasa? —me pregunta Lorenzo.

—¿Puedes arrearle por mí?

Y mientras Lorenzo le da una bofetada a mi hermano, lo único que pienso es que, lejos de estar aterrada ante la situación, me siento más ilusionada que nunca. Puede que Miguel me haya mentido, pero yo viví lo nuestro con tanto amor —porque sí, reconozco que estoy enamorada de él hasta las trancas— que jamás podría arrepentirme del fruto que ha dado.

Ahora debo pensar qué voy a hacer, aunque después de todo lo vivido por mi hermano en los últimos tiempos, no contarle a Miguel que va a ser padre no es una opción.

Me levanto con un dolor de cabeza brutal. No tengo ni idea de qué hora es, pero huelo la comida que mi madre está preparando, así que seguro que más tarde del desayuno.

Cojo el móvil y veo siete llamadas perdidas de Daniel. Al pobre lo dejé tirado en la gala, aunque fue él quien me animó a seguir a Isabel. Justo esa tarde habíamos hablado sobre que iba a confesarle todo, y que en breve lo haría a mis padres, porque necesitaba su apoyo para hacerlo. Y al final, ella se ha enterado de la peor forma y mis padres ya estaban al tanto cuando fui a contárselo.

Son las doce del día, así que me levanto y voy directo a la cocina, necesito un ibuprofeno y un café, aunque no sé si la cafeína será buena para el dolor o no.

—Buenos días, cariño, ¿cómo te has levantado?

—Buenos días, mamá, con un dolor de cabeza tremendo.

—Normal, si a las cinco de la mañana te escuchaba aún llorar. Anda, siéntate que te preparo un café.

—Gracias.

Me siento en una silla, apoyo los codos en la mesa auxiliar de la cocina y hundo mi cabeza entre mis manos, entrelazando los dedos casi a la altura de la nuca, hasta que mi madre me pone la taza humeante delante de la cara y una pastilla para que me la tome.

Remuevo el café pensando en todo lo que he vivido con Isabel, ahora mismo está tan caliente que si le doy un sorbo, me quemo la lengua y el cielo de la boca, y lo que me faltaba es tener una llaga, con lo que eso duele... Aunque dudo que será menos que lo que me duele haberla dañado a ella.

Dios, estoy hecho un lío, no sé qué hacer. Hay algo que me empuja a buscarla, a decirle que la amo, que me perdone, que fui un imbécil y contarle los motivos que me llevaron a no decir nada a nadie. Pero entonces recuerdo su mirada cargada de odio, el dolor en sus palabras, y no estoy

seguro de que ir a buscarla sea una buena idea, al menos, en este momento.

—Voy a llamar a mi socio, tengo siete llamadas perdidas de él.

—Está bien, hijo. ¿Comes aquí?

—No, mamá, hoy vienen todos mis hermanos y lo que menos necesito es estar con tanta gente. Discúlpame con ellos, ¿vale?

—Tranquilo, hijo, no te preocupes. Pero prométeme que vas a comer.

—Sí, mamá, paso por el súper antes de ir a mi piso.

—¿Qué piso? —me pregunta con sorpresa.

—El que me compré hace unos años y que solo uso para cambiarme de ropa cuando tengo que vestir como un ejecutivo importante.

—Ay cariño, no sé cómo has podido soportar tanta mentira sobre tus hombros...

—Pues porque sois muy cabezotas, y sabía que no cogeríais mi dinero así como así, ya os lo dije anoche.

Mi madre deja lo que está haciendo y viene a abrazarme. Anoche, ellos también confesaron sentirse un poco culpables, porque sabían que lo oculté por ese orgullo que no los dejaba aceptar nada que se ganaran con el sudor de su frente.

—Bueno, voy a darme una ducha y salir antes de que empiecen a llegar. Vengo para cenar.

—Vale, hijo, pero trae tú algo, te toca invitar, que tanto lío me tiene agotada y esta noche apenas he dormido escuchándote llorar.

—Eso está hecho. Pregúntale a papá qué quiere que traiga.

—Ya lo sabes, *pizza de pepperoni*.

Suelto una carcajada. Hay cosas que nunca cambiarán, como la adicción de mi padre a esta comida italiana y al embutido que siempre le pone.

Llego a mi dormitorio y llamo a Daniel, que ya debe estar desesperado por no saber de mí.

—Al fin apareces. ¿Estás bien? ¿Conseguiste hablar con Isabel? ¿Lo habéis solucionado?

—Buenos días, Daniel, que ni me has saludado. Estoy bien, no fui a buscarla y no he solucionado nada.

—Vaya... ¿Dónde estás?

—¿Ves? Hay algo que sí he solucionado. Mis padres ya están al tanto de todo, y a mis hermanos se lo diré en breve. Por cierto, ¿ha ido Gabriel a la entrevista?

—Sí, empieza el lunes a trabajar.

—Estupendo. ¿Tienes planes para comer?

—No, tenía una reunión, pero se ha cancelado porque el capullo de mi socio tiene mal de amores.

—¿Hoy era la reunión con los ingleses?

—Sí, pero tranquilo, a ellos tampoco les venía bien.

—¿Nos vemos en el restaurante de siempre?

—Allí me tienes a las dos...

—Suéltalo, que hay algo que has querido decir y te has callado.

—¿No sería mejor que fueras a buscarla a ella que comer conmigo?

—Nos vemos en un rato —respondo sin dar contestación a su pregunta.

Sí, lo que más me apetece es estar con ella, pero... No sé, las dudas me comen, y no creo que este sea el mejor estado para ir a buscarla, porque si ella está igual de jodida que yo, lejos de arreglarlo, podemos empeorarlo aún más, y puede ser algo de lo que nos arrepintamos para siempre.

He dormido poco, pero me ha sentado bien. Esta noche le he dado muchas vueltas a la cabeza, sobre todo, después de la conversación que mantuve con Lucciano cuando volvimos a casa de la clínica, y aunque en ese momento me negara a darle la razón, la tiene. Miguel es un buen hombre, y seguro que tendría un motivo de peso para no contar a nadie, ni siquiera a su familia, que era un empresario rico, pero yo no lo dejé explicarme nada. Por otra parte, también me he reconocido a mí misma que, a pesar de que me mintió, lo que ha hecho no tiene nada que ver con lo que me hizo David. Él no me ha engañado con otra persona, ni tan siquiera he tenido indicios de ello, ha pasado casi cada día a mi lado desde el día de Nochebuena.

Estoy hecha un lío. No sé qué hacer. Y encima embarazada, con las hormonas volviéndome más loca todavía.

Fijaos si he tenido tiempo de pensar que he decidido ir a pasar unos días al pueblo... Eso sí, no le he dicho nada a Lucciano, porque es capaz de encerrarme aquí y no dejarme salir hasta que vaya a tener a la criatura.

Me levanto y tengo que correr al baño a intentar vomitar, porque no tengo nada en el estómago para hacerlo, y cuando ya me encuentro algo mejor, cojo una bolsa de viaje, meto algo de ropa, me doy una ducha rápida, me visto y salgo del piso antes de que a mi hermano le dé por aparecer.

Me voy para Atocha, seguro que hay algún tren que salga hacia Granada, y allí cogeré un taxi hasta Maracena. Verás qué sorpresa se lleva la abuela.

Cuando llego a la estación, parece ser que la suerte me sonríe, son casi las dos de la tarde y en poco más de media hora sale un AVE, así que Lucciano no tendrá margen de maniobra cuando vea que no estoy en mi piso.

Me paso todo el viaje en un duermevela en el que siempre aparece la imagen de Miguel y el momento de la ecografía. Jamás me había planteado ser madre, pero ahora que sé que voy a

serlo, siento miedo e ilusión a partes iguales, y no sé si seré la única que lo siente así o le pasará a todas las mujeres. Por suerte, en cuanto llegue, voy a estar rodeada de varias que lo han sido, y alguna en más de una ocasión, como Rita, la mujer que ha criado a mi cuñada, que ha tenido tres y criado a cuatro.

El tren llega a su destino a las seis de la tarde. Aún es de día, aunque no tardará mucho en anochecer, por lo que me apresuro a coger un taxi que me lleve al pueblo.

Para en la puerta de la casa de mi abuela, le pago la carrera con una buena propina porque ha sido muy amable durante todo el trayecto, incluso cuando le he hecho parar un par de veces por riesgo de vomitar, y se va deseándome el mejor de los embarazos.

Llamo a la puerta y espero paciente a que mi abuela llegue hasta la entrada. Veo cómo la mirilla se oscurece y descorre el cerrojo con prisa. Nada más tenerme delante, tira de mí y me abraza, provocando que rompa en un llanto descontrolado que intenta calmar acariciándome el pelo.

Entramos en la casa, nos sentamos en el sofá y va a la cocina a prepararme una de sus maravillosas infusiones para templar los nervios. Estoy segura de que me sentará genial, fueron muchas las que tomé cuando murieron mis padres y mi hermano.

Le doy algunos sorbos cuando la deja en mis manos y se sienta paciente a mi lado sin decir nada. Está esperando a que me encuentre preparada para decirle qué me pasa, y lo haré cuando me vea capaz de no romperme de nuevo, porque ya la noto bastante disgustada para que se ponga aún peor.

—¿Estás más tranquila? —pregunta cuando suelto la taza vacía en la mesa y me toma una mano con cariño.

—Sí... —contesto en apenas un susurro por el nudo que se me forma en la garganta.

—Perfecto. ¿Quieres quedarte sola un rato mientras empiezo a preparar la cena?

—No, abu, quiero que me abracés.

—Anda, pon aquí tu cabeza, que siempre te ha relajado que te acaricie el pelo —me pide, recostándose en el respaldo del sofá, y no dudo en hacerle caso, hasta que unos minutos

después, con la sensación de estar en el único sitio que puede consolarme en este momento, decido contarle el motivo por el que he venido.

—Estoy embarazada.

No dice nada, solo continúa acariciándome el pelo, hasta que el cansancio me puede y empiezo a quedarme dormida sobre el regazo de la reina de mi vida.

Son las ocho de la mañana y Daniel, que cenó anoche en casa, lo presenté a mis padres como mi socio, ya que pensaban que era mi jefe del bar de la universidad, y después nos fuimos a su piso, ya anda en el baño duchándose. Bebimos de más, lo reconozco, y ahora estoy pagando por ello con un dolor de cabeza brutal, pero también hablamos, y me di cuenta de que la vida sin Isabel nunca sería la misma. A ver, que no digo que vaya a ser el amor de mi vida hasta que la muerte nos separe, eso solo el tiempo lo dirá, pero sí que la amo y quiero compartir con ella lo que tenga que durar lo que hay entre nosotros.

No tardamos en salir del piso y dirigirnos hacia un lugar en el que espero encontrar a la persona que no abandona mis pensamientos. Estoy de los nervios, tanto que no puedo parar de mover la pierna derecha en el asiento del coche.

Aparcamos y esperamos pacientes, bueno, paciente lo que se dice paciente, solo puedo decirlo de Daniel, porque yo estoy hecho un flan y no sé si salir y pegarme una carrera para templar los nervios.

—Mira quiénes llegan ahí.

Dirijo la vista hacia donde me indica Daniel y espero encontrarme con Isabel, pero no, a quien veo es a mi padre en el coche y a Lucciano dándole indicaciones por la ventanilla.

Me bajo y voy directo hacia ellos. Le debo una explicación al hermano de Isabel y que me diga cómo contactar con ella, porque anoche le mandé un par de mensajes y no le llegaron. No me ha bloqueado, porque me sigue apareciendo su foto de perfil en la aplicación, y si lo hubiera hecho, solo vería un monigote, pero imagino que tendrá el teléfono apagado.

—Pero si está aquí el mentiroso del año... —me saluda Lucciano con un puñetazo en la mandíbula.

—Joooder, ¡qué buen gancho tienes! —respondo con un derechazo a su estómago.

—Parad de una vez, parecéis dos niñatos, y no dos empresarios de éxito hechos y derechos — retumba la voz de mi padre a nuestro lado.

—En eso tengo que darle la razón, Rafael —añade Daniel a su lado—. Subid a la oficina y hablad como personas civilizadas, mientras, nosotros nos tomaremos un café ahí enfrente.

—Eso me vendría genial, este niño lleva dos días robándome el sueño y tengo que estar despierto al volante.

—Rafael, puede irse a descansar hoy —frena Lucciano sus pasos—. Ya va siendo hora de que empiece a conducir.

—Pero, señor Lucciano, no cree...

—He sido muy desconsiderado esta mañana al no preguntarle cómo se encontraba, debí suponer que tampoco habrían pasado por momentos agradables en los últimos días. Anda, vaya a descansar, y si no me veo capaz de conducir, iré en taxi a las reuniones.

Lucciano se acerca a mi padre y lo abraza. Yo también lo hago, aunque sé que cuando salga de este edificio seguirá aquí esperándome para saber cómo ha ido lo que tengo que hablar con su jefe.

Subimos en el ascensor, él con una mano en el estómago y un poco encorvado, y yo acariciando mi mandíbula. Si todo se soluciona, lo invitaré a entrenar en mi gimnasio, me da que lo pasaríamos bien dándole unos golpes al saco.

Llegamos a la planta donde está su oficina y lo sigo. Le pide a su secretaria que nos traiga unos cafés, y no decimos nada hasta que la buena señora aparece con ellos, sale y cierra tras ella.

—¿Cómo está Isabel? —le pregunto directo.

—Bien.

—Anoche le escribí para vernos hoy y hablar, pero no le llegan los mensajes.

—Tiene el teléfono apagado.

—Lo he supuesto... Lucciano, necesito hablar con ella, pedirle perdón, explicarle todo, y si es necesario, arrodillarme y suplicarle que me dé otra oportunidad, que me permita hacer las cosas bien.

—¿Las cosas bien? Lo que tiene que escuchar uno... —carraspea y guarda silencio, como si hubiera estado a punto de hablar de más. Imagino que casi me desvela algo que le haya contado

su hermana, pero no voy a pedirle que confiese, supongo que se lo habrá dicho en confianza—. A ver, Isabel está muy enfadada contigo, no te lo voy a negar, pero también pienso que debéis hablar cuanto antes, el problema es que mi hermana es un pelín testaruda, y no te lo va a poner fácil...

—Haré lo que haga falta. Me apostaré en la puerta de su casa hasta que me escuche, la perseguiré por todo Madrid si es necesario, pero quiero a tu hermana, y lo que siento por ella jamás lo he sentido por otra mujer.

—Eso no te va a valer de nada.

—¿Por qué? —pregunto confuso.

—Pues porque ni está en su casa ni está en Madrid. Ayer cogió un AVE y se fue a Granada con mi abuela, necesitaba desconectar de todo y pensar qué sería de su vida de ahora en adelante.

—Me da igual, voy a Maracena si hace falta, vamos, que en cuanto salga de aquí... —dejo la frase en el aire porque una loca idea acaba de cruzar por mi mente.

—No creo que sea buena idea que vayas a buscarla hoy.

—Tienes razón, hay algo que tengo que hacer antes. ¿Sigue en venta el terreno junto al que has comprado en el pueblo?

—Sí, ¿por qué?

—¿Sabes con quién puedo hablar para comprarlo?

—¿Cómo?

—Os escuché hablar en el viaje, a ella también le gustaría vivir junto a vuestra abuela, y yo estaré donde esté ella...

—Hostias...

—¿Qué pasa?

—¡Es verdad que la quieres, que te has enamorado de ella!

—Pues claro, ¿qué pensabas? Puedo asegurarte que jamás mentiría sobre lo que siento por tu hermana.

Lucciano rodea la mesa, me levanto y hace algo que no esperaba; me abraza.

—Bienvenido a la familia, cuñado.

—Eh, no te adelantes, que todavía no sabemos qué opina ella al respecto...

—Es mi hermana, la conozco, y tiene motivos para darte otra oportunidad.

No sé a qué se refiere, pero me da lo mismo. Si él dice que tengo posibilidad de arreglar lo nuestro, será porque sabrá algo que yo no. Cuando nos separamos, coge su móvil y llega un mensaje con un contacto que supongo que será del dueño del terreno, y veo la fecha a la que estamos. En dos días será San Valentín, y ese será el día que me plante delante de ella, le pida que me perdone y... Tengo que pasar por una joyería.

Las náuseas no me dejan vivir, menos mal que la abuela siempre tiene infusiones para todo. Y vaya cabreo tengo, porque con lo que me gustan sus galletas, por culpa del embarazo, les he cogido un asco que no puedo ni olerlas. La pobre me las hizo ayer y se las tuvimos que dar a Rita para que se las comieran en su casa, cosa que mi sobrina agradeció sobremanera.

Hoy vienen a comer todas. ¿El motivo? Pues no tengo ni idea, aunque por el aspecto que tiene Inma, me da que vamos a vernos juntas en el paritorio. Al principio pensaba que estaba sugestionada por mi embarazo, pero se lo comenté a mi abuela y ella también opina lo mismo.

Con respecto a Miguel, aún sigo bastante liada, y hoy he decidido contarle a mi abuela el motivo de nuestra ruptura, que es el padre de mi hijo ya lo hice el lunes por la mañana mientras desayunábamos, y me dijo que lo imaginaba, porque se había dado cuenta de que había algo entre nosotros, además de que nos pilló un día despidiéndonos en la entrada del pueblo mientras ella estaba visitando a una amiga.

El timbre suena, voy a abrir y sonrío al ver que es mi sobrina, que me abraza y me da una bolsa de la librería. En estos días hemos descubierto que tenemos los mismos gustos literarios, y podemos pasar horas hablando sobre lo que hemos leído o lo que tenemos pendiente.

—Eres tremenda, Carola... ¿Un libro sobre madres primerizas? Hubiera preferido un buen thriller, donde muere gente y esas cosas...

—Uy, no, que seguro que sacas alguna idea y mi sobrino no va a nacer en la cárcel.

Sí, nos dirigimos a él en masculino porque, según mi abuela, tengo cara de traer un niño, y todos en el pueblo saben que nunca se equivoca.

No pasan un par de minutos cuando el timbre vuelve a sonar y mi abuela abre, dándole la bienvenida a Inma, Rita y sus tres hijas, que son encantadoras, todo hay que decirlo. Mi sobrina tiene suerte de tenerlas como tías.

Ponemos la mesa entre todas, sin permitir a mi abuela que se mueva del butacón, bastante ha

hecho preparando la comida, ahora le toca descansar a ella.

Una vez tenemos la comida servida, nos sentamos a comer, y decido contar lo que hasta ahora no he podido.

—Bueno, creo que os debo una explicación...

—Solo si estás preparada —me interrumpe mi abuela.

—Lo estoy, abu —le digo, acariciando la mano que tiene sobre la mía—. Empecemos con lo que sucedió antes de llegar al pueblo.

»Como bien sabía mi abuela, yo estaba saliendo con David, llevábamos seis meses juntos, pero el día antes de venirnos, lo pillé en su despacho tirándose a la secretaria de su padre.

—¡Qué cabrón! —espetea Leyre, la hija mayor de Rita y medio hermana de Inma, sin poder contenerse.

—Mucho, la verdad —le doy la razón—, sobre todo, porque llevaba cinco meses haciéndolo, vamos, desde un mes después de empezar a salir conmigo...

»En fin, la cuestión es que hace cosa de un año, cuando salí de fiesta con unas amigas, me encontré con un conocido con el que terminé comiéndome la boca en medio de la pista de baile, aunque la cosa no fue a más. Lo cierto es que íbamos pasados de copas y él se tenía que ir porque debía coger un tren o algo así, no me acuerdo muy bien.

»Os preguntaréis por qué os cuento esto cuando estábamos hablando de mi ex y ahora os tengo que hablar del padre de mi hijo, ¿verdad? —Todas asienten—. Pues bien, porque son la misma persona, Miguel, el «chófer» que nos trajo en Navidad.

—¡La virgen! —espetea Inma con sorpresa.

—Pues espera, que ahora viene lo mejor. Él es el padre de mi hijo, nos encontramos en la fiesta de Nochebuena, después de que te fueras con mi hermano, y ahí dio comienzo nuestra historia.

—Ay qué bonito, por favor. Es como *La Dama y el Vagabundo* —dice Rita con un suspiro.

—No exactamente... Y aquí es donde viene el motivo de la ruptura. Miguel no es ningún vagabundo, es asquerosamente rico, y lo ha mantenido oculto a todo el mundo, tanto a mí como a

su familia

—¿Cómo? —Ahora es mi abuela la que no da crédito a lo que escucha.

—Como lo oyes, abu. Sinceramente, acabo de salir de una relación donde la mentira lo destruyó todo, y saber que él también lo había hecho...

—Pero, cariño, no es lo mismo. Entiendo que te duela que te lo haya ocultado, sin embargo, no tiene nada que ver con lo que te hizo David. Él no te ha sido infiel con otra mujer, y, por lo que nos has contado, no solo te lo ha ocultado a ti, sino a todo el mundo. No era una mentira dirigida a tenerte engañada, y, como digna hija de tu madre, imagino que no le habrás permitido que te explique los motivos para querer mantener oculto un secreto de tal magnitud. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas... —le doy la razón.

—Estoy de acuerdo con tu abuela —añade Rita—. Ese hombre no lo ha hecho para traicionarte, y estoy segura de que tú también lo piensas, como también es normal que estés enfadada con él, pero dudo que de la misma manera que lo estás con David. A ver, responde sin pensar la pregunta que voy a hacerte, ¿vale? ¿Estás enamorada de él?

—Sí —respondo sin pensar y con una seguridad que me deja perpleja.

—Pues, entonces, habla con él y soluciona las cosas, porque algo me dice que él siente lo mismo por ti, que te habrá escrito y llamado en estos días que has tenido el teléfono apagado y que debe estar desesperado por no saber de ti...

Sus consejos se cortan cuando suena el timbre de la puerta y todas nos miramos porque no esperamos a nadie.

Carola se levanta, va a abrir y regresa con una sonrisilla que no entiendo muy bien.

—Isabel, aquí hay alguien que pregunta por ti —anuncia antes de hacerse un lado.

Miro hacia donde estaba y creo que el corazón se me va a salir del pecho, porque bombea loco de amor por el hombre que me sonríe tímido desde la entrada del salón.

Creo que en mi vida he estado tan nervioso como ahora mismo. Estamos llegando a Maracena, Lucciano conduce, algo que lleva cinco años sin hacer, desde el accidente en el que perdió a parte de su familia, y Daniel va sentado detrás trabajando con el iPad. Ya sé que pensaréis que no pinta nada en todo esto, pero no quería perderse el reencuentro, por si Isabel me da la patada y necesito apoyo moral, cosa que le agradezco en el alma.

Llegamos a la casa donde hace menos de dos meses los dejé para pasar las Navidades, nos bajamos del coche y Lucciano llama a la puerta, que no tarda en abrir una sonriente Carola, nuestra compinche en toda esta locura junto a toda su familia.

Entro y me indica que la siga, cosa que hago con el corazón martilleándome el pecho al borde del infarto y las cosquillas en el estómago amenazando con hacerme vomitar.

—Isabel, aquí hay alguien que pregunta por ti —anuncia al tiempo que se hace a un lado para que yo pase.

Dios, está preciosa, tan increíblemente bonita como la recordaba, creo que incluso más, hay un brillo especial en su rostro.

—Ho-hola —consigo decir.

—¿Qué-qué haces a-aquí? —tartamudea nerviosa.

—Iba hacia el Infierno y me cogía de camino —respondo y veo cómo se traga una sonrisilla.

—Supongo que has venido a darme una explicación.

—Entre otras cosas.

—Ya...

—Isabel, yo...

—Espera un momento. ¿Podrías dejarnos solos? —pregunta a las ocho personas que nos rodean.

—Ni de coña —contesta la que supongo será Rita por edad, ya que parece tener más o menos

la misma que mi socio—. Aquí hemos colaborado todos para que se dé este encuentro, y no nos lo vamos a perder.

—Totalmente de acuerdo —añade Daniel, colocándose a su lado.

—Da igual quién esté delante. Pueden escuchar todo lo que tengo que decir, ya está bien de esconder cosas.

—Pero...

—Soy rico, asquerosamente rico, más rico que tu hermano y tú juntos. Empecé comprando algunas acciones de una empresa emergente, las vendí al tiempo cuadruplicando su valor e invertí en cryptomonedas. Compré acciones de otra empresa nueva, el 37 % del total, para ser exactos, y a día de hoy me pertenece la mitad y a Daniel la otra mitad. Y así fuimos aumentando nuestro capital hasta convertirnos en los Amancio Ortega de nuestro sector.

»Sé que no hice bien en ocultarlo, pero es que mi padre es cabezota nivel Dios, tu hermano da fe de ello, nunca permite que lo ayuden sin habérselo ganado trabajando, y la única forma que tenía de hacerles llegar dinero era viviendo con ellos e inventándome un curro del que les daba casi la totalidad de mi supuesto sueldo, además de una beca para mi hermano pequeño salida de la fundación en la que trabajan mis dos hermanas.

»Te prometo que pensaba contártelo, cariño, pero estaba esperando el momento adecuado, necesitaba estar preparado para lidiar con tu enfado. De hecho, me vine en Navidad a Granada porque necesitaba decidir si se lo decía a mis padres de una vez por todas, ya estaba cansado de esconderme por algo que no tiene nada de malo.

»Y te juro que jamás me perdonaré el daño que te he hecho, pero te pido una oportunidad para enmendar mi error, porque de verdad que no sé cómo ha pasado, pero estoy perdidamente enamorado de ti. ¿Qué me dices, perdonas a este imbécil y lo intentamos?

—Yo... Ahora soy yo la que no sé si vas a poder perdonarme —dice entre hipidos, sus sutiles lágrimas rodando por las mejillas se han convertido en un llanto descontrolado.

—¿De qué hablas? Eres tú la que ha sufrido por mi culpa...

—Estoy embarazada.

—¿Cómo? —pregunto estupefacto—. Pero... ¿no tomabas la píldora?

—Sí, pero me has tenido muy entretenida estas Navidades, y soy un desastre para las medicaciones, y por eso siempre he usado condón, y... Dios, lo siento mucho, yo no pensé que...

¡Voy a ser padre! ¡¡¡Padre!!! Y creo que ahora mismo acabo de enamorarme aún más de ella, por lo que saco la cajita que guardo en el bolsillo del pantalón, hincó rodilla, y la abro antes de hablar.

—¿Quieres casarte conmigo?

Su cara de perplejidad es absoluta, Lucciano suelta un joder y se queda petrificado, Carola le da una bofetada, todas las mujeres están llorando como magdalenas, y Daniel se seca las lágrimas disimuladamente.

Me levanto del suelo al ver que Isabel no dice nada, quizá me he precipitado un poco, pero es que era lo que me pedía mi corazón en este momento.

—He comprado un terreno junto al de tu hermano, para que vivamos aquí, cerquita de tu abuela y tu familia.

Continúa en silencio, mirándome estupefacta, en vez de mejorar las cosas, parece que las estoy empeorando.

—Di algo, Isabel, que hoy es el día más romántico del año, y Cupido está demasiado liado para traerlo y que te dispare una flecha de amor al corazón.

Esta última frase parece que la hace reaccionar, y el brillo de su mirada me da algo de esperanza, aunque no quiero adelantarme, vaya a ser que no sea brillo, sino ira, y lo que me dé sea una patada en el corazón.

—¿Cupido? Yo prefiero a Lucifer.

Y se abraza a mi cuello, me besa y sé que arderé el resto de mi vida en el Infierno junto a esta mujer.

Epílogo

Si es que veo estas cosas y me pongo tontorróna... Tanto que hasta creo en el amor, que hay que ver que últimamente no para de rondar por aquí. No, qué va, yo dejé de creer en el amor hace tiempo, mucho tiempo, vamos, que incluso hace por lo menos diez años que no echo un polvo. Y menos me lo planteo ahora, que mi Carola me ha regalado un vibrador con succionador que es una jodida maravilla.

Los tortolitos se han ido a Sierra Nevada, y los demás estamos comiéndonos un trozo de la tarta que hice ayer con un buen café en casa de Encarna. O estábamos, porque Inma acaba de levantarse corriendo mientras contiene una arcada, y a mí eso me suena bastante.

Se dirige al baño, pero se vuelve. Solo ha sido la arcada, no ha vomitado, y eso me lo confirma, ya he vivido esto con ella hace unos dieciséis años.

—¿Te encuentras bien, Nursy?

—Más o menos...

—¿Qué tienes? —se preocupa Lucciano. Inma me mira y yo le sonrío, dejándole claro que me hace inmensamente feliz lo que me cuentan sus ojos.

—No he querido decirlo antes porque era el momento de Isabel y Miguel, pero...

—Suéltalo ya, cariño —se desespera Lucciano.

—Vas a ser tío y padre casi a la vez... Estoy embarazada.

—Pero ¿cómo...?

—¿En serio te estás preguntando eso? —pregunta indignada Inma—. No sé, a lo mejor es que hemos follado como locos sin poner medios, que digo yo que tener una hija con quince años ya debería darte una pista de las consecuencias.

—Ay Dios, ¡que voy a ser padre... otra vez! —termina cuando percibe la mirada inquisitoria de Carola.

Lucciano se levanta, abraza a Inma y la besa al tiempo que le dice lo mucho que la quiere.

Vaya San Valentín me están dando entre todos, lo bueno es que a Cupido ya no le quedarán flechas, y así no corro el riesgo de que una me atraviese.

—Madre mía, no puedo con tanto amor... —susurra el hombre que está sentado a mi lado, que no es otro que Daniel, el socio de Miguel.

—Amén, amigo —le digo en voz baja, y los dos tenemos que aguantar la risa cuando nos miramos.

—Bueno, yo me voy a dar una vuelta con mis tías —dice Carola—. No os recojáis muy tarde y... —señala a sus padres—. Y nada, iba a deciros que cuidadito con lo que hacéis, pero ya voy tarde con eso. Que sepáis que en cuanto esa criatura nazca, os llevo a planificación familiar, que no quiero más hermanos, ¿eh? Que ya seremos muchos para repartir la herencia... —Lucciano la mira sorprendido, pero yo suelto una carcajada, puede que no sea mi nieta biológica, pero se ha criado con nosotras, y eso me da todo el derecho del mundo a ser su abuela—. Que es broma, papi, mira mi familia, ¿en serio piensas que no quiero que la nuestra sea tan grande como esta?

Abrazos y más abrazos, besos y más besos, amor y más amor. Ufff, estoy empezando a agobiarme, esto parece una historia de Noni, de verdad.

—Bueno, familia, yo también me retiro ya, que hemos tenido unos días de locos en la panadería con las tartas de San Valentín y estoy agotada. Además, que ya son las ocho de la tarde.

Todos nos despedimos de Inma, Lucciano y Encarna, que está feliz con la próxima llegada de dos bisnietos más. Salimos a la calle y las niñas se van a dar un paseo por el pueblo antes de irse a casa, han quedado para cenar con sus amigos, y solo quedamos Daniel y yo.

—Pues ha sido un placer conocerte, Daniel —le digo, acercándome a él para darle dos besos. ¡Qué bien huele!

—Lo mismo digo, Rita. Oye, ¿sabes de algún sitio para cenar por aquí? Es que voy para Sierra Nevada, pero sé que cuando me duche, me va a entrar sueño, y no debo acostarme sin cenar... La edad no perdona, y la diabetes ha llegado a mi vida.

—Vamos, ni que fueras un anciano, tendrás mi edad más o menos...

—¡Qué va! Si ya tengo cincuenta, y tú eres una chiquilla a mi lado. —No puedo evitar soltar una carcajada. Lo cierto es que aparento menos edad de la que tengo en realidad, y lo más gracioso es que se nota que no lo ha dicho como un cumplido o un coqueteo, sino porque lo piensa de verdad. ¡Este hombre me cae bien!

—¿Cuántos tienes? ¿Cuarenta y nueve? ¿Cincuenta?

—Cincuenta.

—Pues te gano, yo tengo cincuenta y tres. Anda, sígueme, que me pillas de camino al restaurante.

—Vale, pero... no me gusta comer solo. ¿Puedo invitarte a cenar?

Lo miro analizando su expresión facial, y nada indica que esté ligando conmigo. O es muy buen actor, o solo quiere ser amable, y espero que sea lo segundo si no quiere que lo mande a tomar viento fresco.

—Está bien. Eso sí, no se te ocurra pensar que acabaremos en una cama después de la cena.

—Suelta una carcajada y tiene que pararse por el ataque de risa que le da.

—Me caes bien, Rita, muy bien. Hablar contigo es como hacerlo con mi mejor amigo, y eso no lo había vivido nunca con una mujer, todas buscan...

—La cantidad de cerros que tiene tu cuenta corriente, ¿a que sí? —Asiente riendo aún—. ¿Ves?, conmigo no tienes ese problema. No necesito nada más allá de cubrir las necesidades de mi familia y ahorrar un poco para un proyecto que espero hacer realidad pronto.

Continuamos caminando hacia el restaurante. Me siento cómoda con él, muy cómoda, y eso solo puede significar que llegaremos a tener una gran amistad, ¿verdad?

FIN